

El fraude que no fue

Hay anécdotas de fraude y robo de ideas en la historia de muchos de los grandes logros científicos. Por ejemplo, se dice que Watson y Creek “espiaron” un poco los datos de cristalografía del ADN que tenía una colega, y ahora circulan rumores hasta de Galileo, Newton, Mendel y Einstein. Sin embargo, es menos conocido un caso muy importante en que todo se prestaba para el fraude, pero éste no ocurrió: la teoría de la evolución de Wallace y Darwin.

Luego de muchos años de trabajo casi en secreto y faltándole aún mucho para considerar terminado el manuscrito de **El Origen de las Especies**, recibió Charles Darwin un paquete de correo que venía desde la lejana isla de Ternate. Se trataba del manuscrito de un artículo sobre la evolución, en que su joven colega Alfred Wallace había convergido tan increíblemente con su propio pensamiento, que (comentaba maravillado Darwin) algunas de las secciones del manuscrito tenía títulos idénticos a los de los capítulos del libro. Peor aún, Wallace había presentado con gran lucidez y en pocas páginas, la médula de la teoría evolucionista y había empleado en ello unos pocos días (para entretenerse mientras convalecía de una enfermedad). Si Darwin le ayudaba a publicarlo, como le pedía Wallace en la carta, estaría poniendo la soga alrededor de su propio cuello.

La sangre debe haberse helado en las venas al descubrir que alguien se le había adelantado. Sin embargo, había una salida muy obvia: concluir y publicar a toda prisa su propio manuscrito y destruir el de Wallace, quien por las limitaciones del correo de la época podría tardar años en enterarse de que Darwin “no lo había recibido”.

Pero Darwin resultó ser un hombre íntegro: afirmó en su dolor que prefería destruir sus propios manuscritos antes que hacer algo indebido. Finalmente, por consejo de sus amigos, el manuscrito de Wallace fue leído, ante la misma sesión de la Linnean Society, con partes representativas del manuscrito de **El origen de las especies** y una vieja carta de Darwin al profesor Asa Gray (para demostrar cuantos años transcurrieron desde que había tenido la idea).

¡Ojalá se actuara siempre de esa manera en el mundillo científico contemporáneo! En todo caso, prácticamente no hubo reacción favorable ante ambos trabajos. El mundo no habría de reaccionar hasta que el voluminoso y documentado alegato de Darwin lo conmoviera un año después, como una gran explosión de la que aún experimentamos el resplandor.